

EL MARTIRIO DE LAS SANTAS PERPETUA Y FELICIDAD Y DE SUS COMPAÑEROS, BAJO SEPTIMIO SEVERO

Tras el reinado infamante (180-192) de Cómodo, gladiador coronado, indigno vástago de Marco Aurelio; tras el relámpago de honradez de Pértinax, que se extingue, por asesinato, a los tres meses; tras la vergüenza del Imperio sacado a pública subasta y comprado por el infame Didio Juliano al precio de 7.500 denarios a cada pretoriano, la figura y reinado de Septimio Severo surge como último fulgor de un mundo en indeclinable ocaso, agotamiento y ruina.

Hacia fines de 197, vencido junto a Lión Albino, su último rival, Severo era dueño único del Imperio, cuya unidad restableció con tan férrea voluntad como fe en su estrella, que le había destinado—él lo sabía—para señor solo del mundo. Cierto que, aun después de su victoria, con instinto de tigre que no perdona a su víctima, hizo correr copiosamente la sangre, siguiendo una terrible convicción personal: “El que quiera—decía—salvar la unidad del Imperio, no debe por algún tiempo ahorrar la sangre, a fin de poder, en el resto de su vida, mostrarse amigo de los hombres.” Mas mirada en su conjunto la obra de su reinado: unidad del Imperio restablecida, guerras victoriosas en las fronteras, reorganización y moralización del ejército, obras públicas por todo lo ancho de su dominio, auge nunca igualado del derecho romano cuando Papiniano, Ulpiano y Paulo se sientan en el Consejo imperial y dictan la ley al mundo, fomento de la vida del espíritu por el cultivo de las letras y hasta por los vagos anhelos religiosos que inquietan las almas de la época, puede bien afirmarse de este duro africano que “de haber dejado tras sí hijos y nietos de su talla, hubiera con él empezado una nueva época, y Septimio Severo se erguiría como uno de los auténticos grandes de la historia universal”¹. A su muerte se dijo que o no debiera haber nacido o no debiera haber muerto. Su obra, en efecto, no halló continuadores. La disolución del Imperio era inevitable, y se prosigue implacablemente en todo el siglo III, hasta que venga la

¹ THEODOR BIRT, *Das römische Weltreich* (Berlin 1941), p. 317.

hora de recogerlo y estrujarlo con puño bárbaro Diocleciano, del que saldrá otro.

Septimio Severo inaugura una nueva época en la situación de la Iglesia y del Imperio. Hasta comienzos del siglo III, en virtud, sin duda, de una ley especial, el cristianismo era *religio illicita* y sus seguidores estaban fuera de la ley. Sin embargo, según la paradójica jurisprudencia sentada por el rescripto de Trajano, no se los debía buscar; sí castigar, caso de ser delatados y convictos y perseverar en la confesión de la fe cristiana. Ni Adriano con su rescripto a Minucio Fundano, ni Antonino Pío con sus varias intervenciones moderadoras, ni Marco Aurelio en el caso que se le somete de los cristianos de León, introducen modificación de cuenta en la situación legal de los cristianos. El cristianismo es un crimen; pero un crimen *sui generis*, ante el que la autoridad puede hacer la vista gorda, mientras alguien no se tome la molestia de delatar a los presuntos criminales.

Entre tanto, pese a la anómala situación legal, pese a la sangre derramada, o más bien gracias, en buena parte, a esa misma sangre fecunda de los mártires, semilla de cristianos, la nueva fe, la nueva doctrina, la nueva iniciación de la vida proseguía su marcha invasora de almas y tierras, con caracteres alguna vez de contagio o epidemia, y un paisano y contemporáneo de Septimio Severo, el abogado africano Quinto Septimio Florente Tertuliano, podía escribir, hacia el año 197, con hipérbole oratoria, pero con fondo innegable de verdad histórica, las famosas palabras: "Somos de ayer y ya hemos llenado el orbe y todo lo vuestro: las ciudades, las islas, los castillos, los municipios, las audiencias, los campamentos mismos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro; sólo hemos dejado para vosotros los templos"². Pues justamente contra este crecimiento expansivo del cristianismo va dirigido el edicto de Septimio Severo, cuya fecha se pone entre los años 200 a 202, y cuyos motivos inmediatos no son claramente conocidos. Puestos a escoger alguna explicación, preferimos la que sigue: Septimio Severo, en fecha bastante anterior a su elevación al Imperio, se había casado con Julia Domna, una siria, hija del sacerdote del Sol, destinada por su horóscopo a ser emperatriz. Julia Domna, alma abierta, por su origen oriental, a las

² TERT., *Apol.* 37, 7: *Hesterni sumus et orbem iam et vestra omnia implevimus: urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, senatum, forum: sola vobis reliquimus templa.*

inquietudes religiosas, era partidaria de un amplio sincretismo, en que habían de fundirse todas las religiones y filosofías antiguas en una nueva religión, no bien definida todavía, pero que luego se concreta en torno al culto del *Sol invictus*. Naturalmente, el cristianismo, como un puro diamante, era refractario a toda fusión, y el sincretismo de la emperatriz tenía que mellarse y aun hacerse trizas al chocar con él. Y lo mismo se diga del judaísmo. Ella pudo inspirar el edicto que abarcaba por igual a ambas religiones. Esparciano, uno de los exangües escritores de la *Historia Augusta*, da la noticia en estos términos: "Prohibió (Septimio Severo) hacerse judíos, bajo grave castigo; lo mismo también decretó sobre los cristianos"³. La prohibición de hacerse judío no era, en realidad, nueva. La circuncisión había sido prohibida por Adriano, y Antonino Pío la había restringido a los hijos de judíos⁴. La novedad atañía a los cristianos. Si podemos suponer que el *institutum Neronianum* rezaba: *Ut christiani non sint*, ahora la autoridad imperial manda: *Ne fiant christiani*: "No es lícito hacerse cristiano". En resolución, el edicto de Severo apunta señaladamente a la propaganda evangélica, que se presentaba, sin duda, alarmante en su invasión lenta y segura del Imperio, al modo de la levadura evangélica, que, puñado insignificante en sus comienzos, termina por fermentar toda la masa.

Notemos que la legislación anterior queda intacta. El ser cristiano sigue siendo un crimen. Los que lo eran el año 202, seguirán con la espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas: una delación los podía poner, como a tantos hermanos suyos del siglo II, en la alternativa de apostatar o morir. Sólo que, de cumplirse el rescripto trajánico, no se los buscaría de oficio. Mas a los que en adelante pretendieran *hacerse* cristianos, les alcanzaba directa e inmediatamente una nueva ley imperial, y, por ende, la iniciativa del castigo a sus infractores tocaba, no ya a los particulares, sino a la autoridad misma, guardiana de la ley.

Tal parece ser el estado de cosas, tal la situación legal en que se desenvuelve uno de los más impresionantes dramas de toda la historia de las persecuciones: el martirio de las santas Perpetua y Felicidad y sus compañeros, en Africa, patria del emperador reinante. Las

³ *Vita Seueri*, XVII: *Iudaeos fieri sub gravi poena vetuit; idem etiam de christianis sanxit.*

⁴ *Dig.* XLVIII, 8, 11: *Circumcidere Iudaeos filios suos tantum rescripto Divi Pii permittitur: in non eiusdem religionis qui hoc fecerit, castrantis poena irrogatur.*

actas de este martirio, de contextura muy original y de autenticidad no discutida, son uno de los monumentos más admirables y más puros que nos haya legado la antigüedad cristiana. Todo ditirambo crítico quedaría bien por bajo de la grandeza de su valor. Contentémonos, pues, con anticipar en síntesis su contenido.

Tras un proemio, de innegable color montanista, en que el anónimo colector se justifica de poner por escrito los nuevos documentos y revelaciones nuevas que deben parangonarse con las antiguas, y aun ponerse por encima de ellas, se nos dan los nombres de los catecúmenos que debieron de ser prendidos en *Thuburbo Minus*, hoy Teburba, lugar no muy distante de Cartago, y son: los jóvenes esclavos Revocato y Felicidad, otros dos varones cuya condición no se expresa, Saturnino y Secundulo, y la noble matrona, heroína del drama, de unos veintidós años de edad, que criaba un niño a los pechos. Esta prisión, que por de pronto es sólo preventiva, *custodia libera* o *privata* en términos de derecho romano, y que podía cumplirse en la propia casa, parece ser una aplicación estricta del edicto de Septimio Severo, pues todos los detenidos son catecúmenos y no cristianos viejos, que indudablemente llenaban el Africa proconsular y eran también vejados en virtud de la legislación del siglo II, no derogada. El catequista que dirigía el grupo, no se hallaba precisamente entre ellos cuando fueron arrestados; mas él, espontáneamente, se presentó a los perseguidores, para correr la misma suerte que sus discípulos u oyentes de la doctrina cristiana, que podemos asegurar fué entonces una catequesis de martirio. El catequista se llamaba Sáturo. No sabemos fuera sacerdote o diácono; sí, que era un alma noble y valiente, votada al martirio, que busca espontáneamente. Fuera excesivo ver en ello una tendencia montanista. Veamos más bien en Sáturo un paterno y apostólico instinto de no abandonar en el momento decisivo a los que él había formado para la lucha suprema. Quedarse él atrás, pudiera interpretarse por retractación y tácita apostasía. Como quiera, agregado al grupo de detenidos, Sáturo es, con Perpetua, el otro protagonista del drama.

Lo singular de estas actas es que parte de ellas es obra de los mismos protagonistas Perpetua y Sáturo, quienes en la propia cárcel redactan notas sobre las vicisitudes de su prisión y proceso y consignan las visiones maravillosas con que son allí confortados hasta la víspera misma de consumir por la muerte su martirio. En el c. II escribe el colector:

“Ésta (Perpetua), a partir de este punto, contó por

sí misma todo el orden de su martirio, y yo copió tal como ella lo dejó escrito por su mano y sentimiento.”

¡Por su mano y su sentimiento! Toda un alma, a par de cristiana y de mujer, de hija y de madre, se nos revela con grandeza impresionante en estos breves relatos autobiográficos, dignos de pasar a las antologías de la literatura universal.

El padre de Perpetua es pagano, único de la familia, y único que no podía comprender la gloria del martirio. La noticia de la prisión de su hija como cristiana le consterna y exaspera. Por otra parte, pues el rescripto de Trajano sigue en pie, una sencilla negación bastaba para quedar absuelta. ¿Qué le costaba a su hija declarar que no era cristiana? Pero la hija le argumenta:

—Padre, ¿ves este vaso ahí, en el suelo?

—Sí lo veo.

—¿Y puedes llamarle con otro nombre que el que tiene?

—No.

—Pues tampoco yo llamarme con otro nombre que el de cristiana, que es lo que soy.

El padre, que entonces—cuenta la hija—la hubiera, de furioso, arrancado los ojos, se contentó con maltratarla.

Los detenidos aprovechan la libertad relativa para recibir el bautismo. Perpetua presiente que había de sellar su fe por el martirio, pues el Espíritu le inspira que la sola gracia que había de solicitar del agua sea saber sufrir en su carne. La recepción del bautismo pudo ser interpretada como un desafío a la autoridad y a la ley. Pocos días después son conducidos a la cárcel de Cartago, oscura mazmorra, de calor sofocante e insoportable hedor por el amontonamiento de presos, que los soldados empujan, como a manada de ganado, unos contra otros. “¡Día terrible!”, exclama la noble mártir, acostumbrada, por su posición, a las comodidades de una familia noble y rica. Sin embargo, los cristianos que quedan fuera no olvidan a sus hermanos encarcelados. Dos diáconos, a quienes Perpetua da el emocionado calificativo de *benedicti*, entran en la cárcel a prestarles sus buenos servicios de todo orden, del material tanto como del espiritual, y ellos logran de la guardia, a precio de oro, que los presos salgan por unas horas a un lugar mejor, donde se refrigeran y atiende cada uno a sus necesidades. Allí la visitan los suyos, y ella comparte con todos su dolor. Allí traen a Perpetua su pobre niño, medio muerto de hambre, y ella lo cuelga ávidamente de sus pechos. Por fin, logra que el niño se quede con ella en

la cárcel, y desde este momento ya no es para ella cárcel, sino magnífico palacio (*praetorium*), que prefiere a toda otra morada. Perpetua nos narra ahora una de sus maravillosas visiones. En una de sus visitas, su hermano, catecúmeno, le rogó pidiera al Señor le revelara si la prisión había de terminar en martirio o libertad. Perpetua, que tenía conciencia—nos confiesa ella—de hablar familiarmente con el Señor, de quien tan grandes beneficios había recibido, no vacila en prometerle que al día siguiente le dará la respuesta de parte de Dios.

Recordemos una vez más que por aquellos días la nueva profecía de Montano y su séquito de féminas inspiradas del Espíritu, conmovía a la Iglesia de Oriente a Occidente, de Frigia a las Galias, de Roma a Cartago. En Roma, el montanismo fué condenado por el papa Cefirino, hacia el año 200; en Cartago, el alma ardiente y extrema de Tertuliano terminará pasándose a la nueva religión o secta del Paráclito. Mas que Perpetua sienta que habla familiarmente con el Señor, no la liga en modo alguno con los nuevos profetas, ni el hecho de tener maravillosas visiones la pone forzosamente en la línea de los nuevos visionarios. Que con los mártires se comuniquen más íntimamente el Señor, que en ellos haga más señaladamente sentir su presencia, que sean particularmente favorecidos de comunicaciones celestes, eran puntos perfectamente claros de la enseñanza tradicional, sencillas consecuencias de la eminente dignidad y gloria del martirio. El redactor del *Matyrium Polycarpi* cree saber que “en el momento en que los nobilísimos mártires de Cristo son atormentados, sus almas émigran del cuerpo, o más bien, que Cristo, asistiendo a su lado, conversa familiarmente con ellos” (II, 2). Blandina, la dulce esclava de Lión, lanzada al aire por la arremetida de un toro bravo, no siente nada “por estar ella en familiar conversación con Cristo”⁵. San Cipriano, en cuyo montanismo no ha soñado nadie, es un carismático y un visionario. Una visión, siquiera no se nos diga quién la tuvo, anuncia la persecución de Decio⁶. Resoluciones importantes en su vida, las atribuye resueltamente a particular revelación e impulso del Señor. En fin, las visiones de Santa Perpetua se distinguen de todas las demás sólo por su mayor belleza. Son, en lo natural, verdadera poesía, creación de una fantasía fina y delicada, como toda el alma de esta noble y joven matrona africana. En el orden de lo sobrenatural, no se salen de lo

⁵ EUSEBIO, HE, V, I, 57.

⁶ SAN CIPRIANO, *Epist.* XI, 4, 1.

tradicional y ortodoxamente creído por la Iglesia y vivido por los santos antes y después del montanismo.

Puesta, pues, en oración, se le muestra la visión de una escalera que llega hasta el cielo. A su pie se tiene un dragón, cuyo oficio es impedir que nadie suba por la escala, y los bordes de ésta están erizados de toda clase de instrumentos de hierro: espadas, lanzas, arpones, puñales, de suerte que quien no suba alerta y mirando hacia arriba, queda atravesado por ellos. Sáturo ha subido ya, y desde la cima le dice a Perpetua:

—Perpetua, aquí te espero; pero mira no te muerda el dragón.

Ella invoca el nombre de Jesucristo, e intrépidamente pisa la cabeza del dragón, como si fuera el primer peldaño de la escalera, y sube, derecha e indemne, hasta la cima. Ante ella se abre ahora un jardín inmenso; en medio hay un anciano, en atuendo de pastor, que está ordeñando sus ovejas. Millares de gentes, vestidas de blanco, le rodean. El pastor saluda a la recién llegada, la llama y le da “un bocado del queso que ordeñaba”. Perpetua lo toma con las manos juntas, los circunstancias responden “Amén”, y, al ruido de la voz, se despierta de su sueño o éxtasis.

En esta visión, hecha toda de las imágenes que poblaban entonces la fantasía cristiana—la escalera que llegaba al cielo, el buen Pastor, el jardín del paraíso—, sólo exige explicación el pormenor extraño del bocado de queso que recibe Perpetua con las manos juntas, actitud del comulgante. Según San Epifanio (*Haer.* 49), los montanistas comulgaban con pan y queso, por lo que eran apodados los artotyritas⁷. Si el texto de la *Passio* fuera aquí auténtico, hay que confesar que resulta embarazoso. De él se ha sacado argumento para probar que Perpetua no era ajena a la secta montanista. Pero la incongruencia salta a la vista. El Pastor está ordeñando sus ovejas; ahora bien, lo que se ordeña no es queso, sino leche. El compilador, pues, adaptó al rito montanista lo que en el original pudo tener un sentido perfectamente ortodoxo, pues la leche se tomó como símbolo eucarístico. Este símbolo se halla con frecuencia en las pinturas de las catacumbas, y todavía es recordado por San Agustín: *Opportebat ergo ut mensa illa lactesceret et ad parvulos perveniret*⁸. De hecho, el texto breve de la *Passio Perpetuae*, que, según Monceaux, re-

⁷ De ἄρτος “pan” y τυρόν “queso”.

⁸ *Enar. I in ps. XXIII*, 6.

presenta la versión primitiva ortodoxa, dice simplemente: *Dedit nobis omnibus de fructu lactis* °.

Así queda deshecho el único indicio de alguna consideración del montanismo de estos mártires africanos. El redactor o colector de las actas pudo ser montanista; en las visiones de los mártires pudo ver manifestaciones del Espíritu, que decían con las que preconizaba la nueva secta del Paráclito que venía a sobrepasar la revelación y economía del Hijo; mas si él hubiera sabido a ciencia cierta que de entre creyentes en la nueva profecía habían surgido héroes de la talle de Perpetua y sus compañeros, no hubiera dejado de proclamarlo a son de trompeta, como suprema autorización de la secta por el martirio.

Tras esta visión, Perpetua siente la convicción de que la espera el martirio, y “empezamos—dice ella con palabra tan densa de sentido—a no tener esperanza alguna en este siglo”. La escalera, erizada de armas, era el camino que habían de recorrer para llegar al paraíso.

Se corre la voz de que los presos van a ser interrogados. El padre de Perpetua acude de Tuburbo a Cartago para probar nuevamente de arrancar a su hija de la muerte, a la que caminaba ella gozosa en la exaltación de su fe. ¡Y qué página escribe luego en su diario de cárcel esta maravillosa mujer, tan maravillosa mujer como sin par cristiana! Frente a la naturaleza eterna que es el padre pagano, una fuerza nueva había surgido en el mundo: la gracia, la fe, el amor de Jesús, vencedor y a la vez sublimador de la naturaleza.

—Compadécete, hija mía, de mis canas; compadécete de tu padre, si es que merezco recibir de ti el nombre de padre. Si con estas manos te he llevado hasta esa flor de tu edad; si te he preferido a todos tus hermanos, no me entregues al oprobio de los hombres. Mira a tus hermanos; mira a tu madre y a tu tía materna; mira a tu propio hijo, que no podrá vivir después de ti. Depón tu fiereza; no nos aniquiles a todos, pues nadie de nosotros podrá hablar libremente, si llega a sucederte a ti algo (es decir, si tú mueres infamada como cristiana).

Vale la pena detenernos y cerrar la *Passio* y pensar nosotros, calladamente, qué pudo responder una hija bien nacida a estas voces que salen de las entrañas paternas, desgarrándolas. Y aun a las palabras acompañan los hechos: el padre se arroja a los pies de la hija, la besa y la llama, entre lágrimas, no ya su hija, sino su señora...

° Hist. Litt. de l'Afrique chrétienne, I, p. 80.

—*Et ego dolebam...* Y yo estaba transida de pena ante el caso de mi padre, por ser el único de mi familia que no había de alegrarse de mi martirio. Sin embargo, traté de animarle diciendo: “Ante el tribunal sucederá lo que Dios quiera, pues has de saber que no estamos en poder nuestro, sino en el de Dios.” Y se retiró desolado.

La más limpia verdad humana dictó esta página y, como en todo momento sublime, la dictó con las más sencillas y nítidas palabras de la lengua humana.

El interrogatorio se celebra, efectivamente, y otra dramática escena se desenvuelve ante el tribunal mismo entre padre e hija, con intervención ahora del procurador Hilariano, que interinamente, por muerte del procónsul Minucio Timiniano, había recibido el *ius gladii* o poder de vida y muerte.

Subidos los reos ante el estrado o palco que se levantaba frente al tribunal, uno a uno, ante la pregunta capital sobre su religión, todos confesaron ser cristianos. Al venirle el turno a Perpetua, su padre irrumpe de pronto con el niño en los brazos y, arrancándola del estrado, la suplica:

—¡Compadécete de este niño pequeño!

Hilariano toma la palabra:

—Ten consideración a las canas de tu padre, mira la tierna edad del niño. Sacrifica por la salud de los emperadores.

Y Perpetua respondió:

—No sacrifico.

—¿Luego eres cristiana?

—Sí, soy cristiana.

“Y como mi padre porfiaba en hacerme apostatar, mandó Hilariano que lo echaran fuera, y aun le dieron con una vara. Y a mí me dolió el caso de mi padre, como si hubiera sido yo misma apaleada. Así me dolía su mísera vejez...”

Se pronuncia la sentencia. Los mártires bajan gozosos a la cárcel. Perpetua piensa inmediatamente en su niño. Lo manda pedir; se niega el padre—el abuelo— a entregarlo, y la madre mártir se consuela al saber que el infante no ha vuelto a pedir el pecho, y ella siente restañársele, como por milagro, la fuente materna.

“No alcanzo—dice un comentador moderno de esta escena de la *Passio Perpetuae*—a encontrar en obra alguna de la literatura universal profana, en drama alguno, aun entrando en la cuenta los más insignes trágicos de la antigüedad griega y latina, un espectáculo más conmovedor, una escena que, en su realidad sencilla y desnuda, pinte con más fuerza y pasión el último marti-

rio de un alma combatida entre el impulso del sentimiento y la voz del deber. No sin razón, pues, el grande Agustín se sentía presa de sereno entusiasmo cuando, celebrando ante el pueblo de Hipona la memoria de Perpetua, contemplaba maravillado, en la imagen de la Santa, la bella armonía con que afectos diversos, mas igualmente fuertes: la piedad filial y el amor materno, aparecían fundidos con cuanto la fe tiene de más vivo y profundo..."¹⁰.

En la cárcel, Perpetua vuelve a ser favorecida de nuevas visiones. En la primera ve a su hermano Dinócrates, niño de siete años, muerto de un horrible cáncer en la cara y que sufre ahora una especie de purgatorio. El niño sale sofocado y sediento de un lugar oscuro y se acerca a un estanque o piscina, cuya margen era demasiado alta para su estatura de niño y no logra saciar su sed. El problema que plantea la visión de este niño Dinócrates se lo planteó ya San Agustín, y lo resolvió de la siguiente manera:

"Acerca de Dinócrates, hermano de Santa Perpetua, ni su *Pasión* es una escritura canónica ni ella escribió—o quien la escribiera—que aquel niño que murió a los siete años, muriera sin haber sido bautizado; el niño, digo, en cuyo favor se cree fué ella escuchada, poco antes de su martirio, para que pasara de las penas al descanso. Porque los niños de aquella edad ya son capaces de mentir y de decir la verdad, de confesar y de negar la fe. Y así, cuando se bautizan, recitan el credo y responden por sí mismos a las preguntas. ¿Quién sabe, pues, si aquel niño no fué separado de Cristo después del bautismo, en tiempo de persecución, obligándole el padre impío a idolatrar? Por lo cual, pudo ir a lugar de condenación, de donde no salió sino por las oraciones de su hermana que iba a morir por Cristo"¹¹.

Poco después de esta primera visión de su hermano

¹⁰ U. MORICCA, *Storia della lett. lat. Cristiana*, I, p. 357. El sermón aludido de San Agustín es el 281, II, 2, cuya versión damos a continuación de la *Passio Perpetuae*.

¹¹ San Agustín, *De natura et origine animae*, I, 10, 2 (CSEL, 60, p. 312): *De fratre autem Sanctae Perpetuae Dinocrate nec scriptura ipsa canonica est nec illa sic scripsit vel quicumque illud scripsit ut illum puerum qui septennis mortuus fuit sine baptismo diceret fuisse defunctum, pro quo illa imminente martyrio creditur exaudita ut a poenis transferretur ad requiem. Nam illius aetatis pueri et mentiri et verum loqui et confiteri et negare iam possunt. Et ideo cum baptizantur, iam et symbolum reddunt, et ipsi pro se ad interrogata respondent. Quis igitur scit, utrum puer ille post baptismum persecutionis tempore a patre impio per idololatriam fuerit alienatus a Christo, propter quod in damnationem mortuus ierit nec inde nisi pro Christo moriturae sororis precibus donatus exierit.*

Sobre la cuestión trató Fr. J. DÖLGER, *Die eschatologische Bewertung der "Dinocrates-vision" durch Vincentius Victor und Augustinus* en "Antike und Christentum", 2 (1930), pp. 20-28.

Dinócrates, los presos son trasladados a otra cárcel, situada probablemente junto al anfiteatro militar o cerca del campamento de la primera *cohors urbana*, de guarnición en Cartago durante los siglos II y III¹². Los *noxii* cristianos tenían que luchar con las fieras en un espectáculo militar para celebrar "el natalicio del César Geta". Geta, el hijo de Septimio Severo, que, andando los días caerá bajo el puñal fratricida de Caracalla, había sido asociado por su padre al Imperio con el título de César el año 198. Las fiestas que se celebraban en el "natalicio" al Imperio eran quinquenales; con lo que tenemos un apoyo cronológico seguro para fijar la fecha del martirio de Santa Perpetua y sus compañeros el año 203. Ese mismo año de 198, Caracalla, el otro hijo de Septimio Severo y Julia Domna, había recibido el título de Augusto, y la *Passio Perpetuae* habla, efectivamente (c. VI), de dos emperadores.

En la nueva cárcel, los cristianos son sometidos al tormento del cepo, y Perpetua (por este pasaje sabemos que ni a las mujeres se las dispensaba de esta tortura) se absorbe en Dios en medio de su dolor y tiene una nueva visión de su hermano Dinócrates, a quien ahora, gracias a su oración y sacrificio, contempla ya libre de pena. El estanque de que antes no había podido beber abajó su brocal hasta la altura del ombligo del niño, quien se sacia plenamente de agua, bebida de una copa de oro que jamás se agota. Libre de su torturante sed, Dinócrates se pone a jugar gozoso, "a la manera de los niños". ¡Delicioso pormenor del relato de Perpetua! El valor histórico y dogmático de esta visión salta a la vista. Por las imágenes que proyecta hacia fuera la fantasía de esta joven mártir africana, podemos saber lo que pensaban y sentían los cristianos de comienzos del siglo III. Su fe en el purgatorio es la misma que la nuestra, y Perpetua siente que su deber de mártir "designada" es interceder por su hermano que sufre, y sabe luego que, gracias a su oración, ha pasado de la pena—sed ardiente e insatisfecha—al refrigerio. El *refrigerium* es el símbolo de la felicidad eterna, y la sed pudiera serlo—ni propio de la tierra africana—de toda ansia. La virtud de los mártires impresiona a nombre Pudente, *optio* o lugarteniente,

¹² Cf. MOMMSEN, *Ephem. Epigr.*, t. V (1884).

¹³ El *refrigerium* está frecuentemente representado en las catacumbas. Cf. TERT., *De anima*, 33: *supplicii quam refrigerii*; Apol., 49: *metu ast*.

custodia de la cárcel y, gracias a su generosa complicidad, numerosos cristianos penetran en ella para consolarlos y templar su espíritu en el trato con ellos. Y una vez más, ante la proximidad del día señalado para el sanguinario espectáculo, el pobre padre de Perpetua, bajo el peso de mortal tristeza, entra en la cárcel y hace un supremo esfuerzo para persuadirla a que reniegue su fe y salve su vida. ¡Qué cuadro! El mísero anciano se arroja rostro por tierra, se mesa la blanca barba, maldice sus años y dice cosas—nos cuenta su hija—capaces de conmover la creación entera. Ella también se conmovió: *Et ego dolebam pro infelici senectute eius*: “A mí me partía el alma pensar en su infortunada vejez!” Con el alma dolorida se mantiene, sin embargo, serena en su fe. Tan serena que, puesta en oración, aun tiene una postrera visión, preludio de su cercano combate. Esta visión nos transporta al anfiteatro de Cartago. El diácono Pomponio llama a la puerta de la cárcel; Perpetua sale a abrirle y, ante la invitación de aquél, se pone en marcha camino del anfiteatro. Un gentío inmenso, exaltado, llena sus graderías. Perpetua cree que van a soltar contra ella las fieras; pero sólo aparece un feo egipcio, seguido de una cuadrilla de partidarios, con aire de querer entablar combate con ella. También al lado de la cristiana aparecen unos bellos jóvenes para ayudarla. La desnudan, a uso de atletas, y queda convertida en hombre. Como atleta, la frotan con aceite, mientras el egipcio se revuelca en la arena. En este punto aparece un hombre de talla gigantesca, tal que sobrepasa las graderías del anfiteatro, e, imponiendo silencio, proclama las condiciones de la lucha: “Si este egipcio venciere a esta mujer, la pasará a filo de espada; mas si ésta venciere al egipcio, recibirá este ramo.” El hombre de alta talla que hace aquí veces de *lanista*, el contratante y adiestrador de gladiadores, se retira, y empieza el combate. La victoria se decide por la noble cristiana: El pueblo la aclama; el *lanista* la besa, le entrega el ramo de la victoria y le dice: “Hija, la paz sea contigo.” Perpetua, entre aclamaciones, sale por la puerta de los vivos—*porta sanavivaria*—, por donde salían los gladiadores victoriosos, mientras se remataba a los otros en el *spoliarium* o “despojadero”. En este momento despierta y comprende el sentido de la visión: el combate que al día siguiente le esperaba sería más bien con el diablo que con las fieras.

Perpetua cierra su diario de cárcel con esta nota: *Hoc usque in pridie muneris egi; ipsius autem muneris actum, si quis voluerit, scribat*. El afortunado colector de la *Passio* tomó esta nota como un mandato de la mu-

jer santísima Perpetua, y hemos de agradecerle la fidelidad con que lo cumplió. El colector es quien enlaza, con las ya referidas de Perpetua, otra visión de Sáturo, figura que no cede en interés y grandeza de alma a la noble matrona.

Sáturo cree haber salido ya de la carne y que por mano de cuatro ángeles es transportado junto con Perpetua al paraíso. Este se les abre como un vergel, plantado de rosales y de toda clase de árboles, de la altura de cipreses, cuyas hojas caen al suelo sin interrupción. Otros ángeles, al verlos venir, llenos de admiración, exclaman: “¡Ya vienen, ya vienen!” Dejados en el suelo por los ángeles portantes, caminan por entre una ancha avenida y se encuentran con otros mártires compatriotas suyos que habían muerto en la misma persecución: Jocundo, Saturnino y Artaxio, que habían sido quemados vivos; Quinto, que murió en la cárcel, y otros muchos por cuyo paradero preguntan. Sin dar tiempo a oír las respuestas, los ángeles los invitan a entrar y saludar al Señor. Llegan a un lugar, cuyas paredes parecían construídas de pura luz. Antes de entrar, cuatro ángeles, apostados en las puertas, los visten de blanco. Dentro ya, oyen un coro unánime que canta: *Agios, Agios, Agios*, sin interrupción. Sentado estaba un anciano, de blanca cabellera y rostro juvenil, cuyos pies no alcanzan a ver; a su derecha e izquierda tenía otros cuatro ancianos. Tras éstos, otros muchos. Llegados, con pasmo, ante el trono, los ángeles levantan en vilo a los afortunados mártires, y éstos besan al Señor, quien, a su vez, los acaricia con la mano. Tras breve pausa, los ancianos dicen: “Andad y jugad.” Sáturo se vuelve a Perpetua y le dice:

—Ya tienes lo que quieres.

Y la gloriosa mártir responde:

—Sí, le doy gracias a Dios de que, como en vida fui alegre, aquí lo soy más todavía.

Revelación de precio inestimable que nos descubre un aspecto nuevo del alma de Perpetua, y no sólo de la suya, sino de la cristiandad primitiva, cuyo espíritu representa. Esta noble cristiana, de tan heroico temple para guardar la lealtad a su fe, de tan ardiente amor a Jesús que por él triunfa de los más profundos sentimientos del corazón femenino, aun del mismo amor materno, pero juntamente de tan delicada naturaleza que ningún noble sentimiento de ella le es ajeno; esta heroica cristiana era también alegre, *hilaris*, capaz de risa y sonrisa; y lo es como cristiana, pues su fe no había hecho sino iluminarle con nueva claridad el mundo y abrirle nuevos panoramas infinitos, vergeles donde habrán de seguir flo-

reciendo, como las rosas perennes que ve en sus sueños, su risa y su sonrisa: "Como fui alegre en vida, aquí lo soy más todavía." Ciertamente que la visión es de Sáturo; pero éste debía de conocer bien a Perpetua cuando pone en su boca estas palabras. ¿No las diría Perpetua al evocar, en las largas horas de prisión, la vida del cielo?

Y ahora viene una curiosísima escena que no esperaríamos en estos anticipos de la gloria. La tierra se traspone al cielo. Al salir los mártires de la presencia del Señor y volver al vergel, les salen al encuentro no menos que el obispo Optato y un su presbítero, Aspasio, calificado de doctor, es decir, instructor de los catecúmenos. Obispo y presbítero andaban a la greña, en pendencia y discordia mutua. Postrados a los pies de los mártires, les suplican pongan paz entre ellos. Los mártires, estupefactos, responden:

—¿No eres tú nuestro padre (*papa noster*) y tú nuestro sacerdote? ¿Cómo, pues, os arrojáis vosotros a nuestros pies?

"Y nos conmovimos y los abrazamos", nos cuenta Sáturo. Perpetua se puso a hablar con ellos en griego, y todos se retiraron a la sombra de un rosal, cuando los ángeles intervienen con cierta brusquedad y echan de allí a los mal avenidos obispo y presbítero, propinando de pasada a aquél una buena reprimenda:

—Corrige a tu pueblo, pues cuando se reúnen contigo parecen gentes que salen del circo y que pelean cada uno por su bando.

Estas alusiones a la vida real, leve ventana aérea por la que estos ángeles curiosos se asoman a la tierra, son de precio inestimable para comprender la vida de la Iglesia en Cartago a comienzos del siglo III: la veneración que se profesa a los mártires lleva a postrarse a sus pies, en demanda de paz, a un obispo y un presbítero desavenidos; la veneración de los mártires a los pastores y dirigentes de la Iglesia, los llena de estupor al verlos postrados a sus pies. Más adelante, es cierto, San Cipriano tendrá que habérselas, en la propia Cartago, con mártires no tan humildes y sumisos como Sáturo y Perpetua.

Optato parece ser obispo, no de Cartago, sino de *Thurburbo Minus*, de donde son originarios los mártires. La jerarquía, en Africa, a principios del siglo III, está sólidamente establecida y no conoce sino el episcopado monárquico. El pueblo que Optato gobierna no debía de tener nada de pacífico, y hasta las reuniones de culto se asemejaban a las tumultuosas salidas del circo, cuando cada espectador vociferaba defendiendo al atleta de su bando

o preferencia. Este mismo presbítero Aspasio está en discordia con su obispo. Así nos es dado contemplar aquí, junto al heroísmo sobrehumano de unos, las humanas flaquezas de otros: de los pastores y del rebaño; contemplamos, en definitiva, la doble faz de la Iglesia, a par divina y humana. Pero, bien lejos de escandalizarnos ni aun sorprendernos pazguatamente, advirtamos que lo humano justamente es lo que realza en su auténtico valor lo divino, y ninguna admiración nos merecieran los mártires, si en vez de salir de entre una plebe que hace de la Iglesia un circo, hubieran bajado derechamente del cielo a luchar con las fieras del verdadero circo.

En fin, los ángeles cierran la puerta a obispo y presbítero, y allí quedan Sáturo y su compañera, que reconocen a muchos otros hermanos, y señaladamente a los mártires. Una fragancia inexplicable los embriagaba en aquel vergel. Sáturo se despertó gozoso. No había para menos.

El resto de la *Passio* es obra ya del compilador. Quienquiera que éste haya sido—no hay inconveniente en estampar aquí el nombre de Tertuliano¹⁴—, hubo de ser un testigo presencial de los hechos, que narra con patetismo insuperable, nacido de su misma objetividad. Las escenas del parto de Felicidad en plena cárcel; la valentía con que Perpetua increpa al tribuno por el mal trato dado a reos nobilísimos que han de honrar el natalicio del César; los sarcasmos de Sáturo al pueblo estúpido que mira a los cristianos comer la llamada cena libre, ofrecida a los condenados a muerte, y que los cristianos convierten, dentro de lo posible, en un ágape; el desfile de los mártires camino del anfiteatro, serenos y gozosos ante la gloria del martirio, y, entre todos, el paso majestuoso de Perpetua, como una noble matrona de Cristo, como regalada de Dios, que obliga con el fulgor de sus ojos a mirar al suelo a los paganos y nos evoca irresistiblemente el *incessu patuit dea* virgiliano; las terribles escenas del anfiteatro y, sobre todo, aquel beso de paz que se dan los mártires, exangües ya, antes de

¹⁴ Por esta atribución están tres máximas autoridades: J. ARMITAGE ROBINSON (en *Texts and Studies*, I, núm. 2); AL. D'ALÈS, *L'auteur de la "Passio Perpetuae"* (en RHE, VIII (1907), pp. 5-18), y P. DE LABRIOLLE (*Histoire de la litt. latine chrétienne*, I, p. 158, ed. de 1947), cuyas son estas palabras: "El caso del redactor es bastante diferente. Yo creo que puede atrevidamente identificarse con Tertuliano, y esto por razones de orden, sobre todo, filológico. Es su estilo, es su lengua, son sus palabras. El montanzante, no declarado todavía, pero ya en plena efervescencia religiosa, se traiciona ahí igualmente (el texto debió de ser redactado poco después de 202-203, fecha del suplicio de los mártires)". Labriolle había tratado antes la cuestión en *Bulletin de anc. Litt. et d'archéologie chrét.*, III (1913), pp. 126-132.

recibir el golpe de gracia ante el populacho sediento de sangre, todo se nos graba indeleblemente en el alma, con fuerza que sólo es dado alcanzar al supremo arte de la verdad.

El martirio, señaladamente, de Perpetua y Felicidad desafía toda comparación con cualquier página de la literatura universal. Perpetua y Felicidad salen desnudas al anfiteatro, para ser expuestas a la arremetida de una vaca bravía. El pueblo, ondulante en su sentir, se siente ahora conmovido a la vista de aquella joven delicada y de la otra, madre hacia momentos, con los pechos chorreando. Se las hizo retirar y se las cubrió de unas túnicas. Así vestidas, Perpetua es la primera en sufrir la feroz embestida de la bestia, y cae de espaldas. Incorporada tras el golpe, acordándose antes del pudor que del dolor, recogió, como otra Polixena de Eurípides, su vestido destrozado y se cubrió el muslo¹⁵. Luego, con una aguja, se sujetó la dispersa cabellera, para que no se interpretara su descomposición por señal de luto en el momento de su victoria. Se levanta entonces, y viendo a su compañera Felicidad tendida en el suelo, se acerca a ella y la levanta de la mano. El pueblo mismo se conmueve y las proclama triunfadoras, saliendo las dos mártires, como Perpetua en su visión, por la puerta *Sanavivaria*, la puerta de los vencedores. Allí las recibe un catecúmeno, íntimo de Perpetua, y ésta, como si despertara de un sueño, tiende la vista en torno y pregunta, ante el estupor de los presentes:

—¿Cuándo nos echan esa vaca que dicen?

Durante la feroz acometida, había estado en éxtasis, fuera de sí, absorta en Dios, y no se había enterado de nada. Mas sus vestidos y su mismo cuerpo llevaban las señales de la fiera. Todavía, en aquel momento, tiene serenidad para llamar a su hermano catecúmeno y dirigirse—y en él a los otros—esta exhortación:

—Manteneos firmes en la fe y amaos los unos a los otros, y no os escandalicéis de nuestros sufrimientos.

No menos impresionante es el martirio de Sáturo. En las conversaciones antes del martirio, cada uno expresaba sus preferencias por la fiera a que deseaba ser arrojado. Saturnino estaba dispuesto a pasar por todas para alcanzar más gloriosa corona; Sáturo, a par que abo-

minaba del oso, nada hallaba más glorioso que acabar de una dentellada del leopardo. Y fué así que un jabalí que se le echó, no le atacó a él, sino al mísero *venator*, "cazador", que lo llevaba; atado junto a la jaula o mádriguera de un oso, éste se negó a salir, y Sáturo se retiró indemne. Mas arrojado, hacia el final del espectáculo, a un leopardo, la fiera le dió tal mordedura que le bañó todo en sangre, y la chusma feroz exclamó sarcásticamente: "¡Buen baño, buen baño!", aludiendo tal vez al bautismo y parodiando el saludo que se dirigían los frequentadores de los abundantes baños públicos del Imperio. Mas Sáturo, que tenía una grande alma de apóstol (él había formado el grupo de los mártires), sólo piensa en ganar definitivamente para la fe al soldado Pudente (quien parece, efectivamente, haberla después abrazado y sellado con su sangre), y dándole su último adiós, le pidió el anillo, lo templó en sangre de la propia herida y se lo devolvió como una herencia, prenda y recuerdo de su sangre.

Los mártires, heridos todos y exánimes, son llevados al *spoliarium*, al "despojadero", si es lícita la palabra, donde eran rematados los gladiadores que no morían en la arena, y allí hubieran sido finalmente ejecutados, si el populacho, ondulante y versátil como monstruo que era de millares de cabezas, no los hubiera reclamado al medio del anfiteatro, para que sus ojos—dice con frase tertulianesca el redactor—fueran también homicidas, a par de la espada que los había de atravesar. Los mártires se incorporan; se dan uno a uno el ósculo de paz, para consumir su martirio como una ofrenda litúrgica, y, silenciosos e inmóviles, reciben el golpe de gracia. Sáturo, que fué el primero en subir la misteriosa escalera de la visión, cae el primero; Perpetua, herida en el costado por impericia del novel gladiador, lanza un grito de dolor y ella misma dirige la diestra del verdugo a la propia garganta, para que no errara nuevamente el golpe. ~~Parce,~~ concluye el redactor, como si sólo por su voluntad pudiera haber muerto aquella mujer admirable¹⁶.

Estas páginas de la *Passio* parecen empapadas aún

¹⁵ Otra vez cumple evocar al más trágico de los trágicos griegos. Cuando va a morir Polixena, se da orden de que se la sujete; mas la heroína exclama: "¡Oh argivos que habéis destruido mi patria! Yo quiero morir de buena gana; que nadie toque mi cuerpo, pues con corazón impávido presentaré mi cuello a la espada. Libre yo por nacimiento, libre quiero morir; matadme, pues, ¡por los dioses! suelta, pues siento, hija de reina, vergüenza de ser llamada esclava entre los muertos..."

¹⁶ "Aquí está mi pecho, oh joven; si sobre él quieres descargar el golpe, descárgalo; mas si prefieres atravesar mi garganta, aquí tienes mi cuello preparado." (*Hécuba*, V, 547 ss.)

¹⁵ Quien lea seguidamente la *Passio Perpetuae* y la tragedia de Eurípides, no podrá menos de sorprenderse de algunos rasgos de semejanza entre la heroína troyana y la mártir cristiana. Cuando Polixena cae bajo el golpe de la espada, "aun muriendo—dice el poeta—tuvo cuidado de caer decentemente: κρύπτουσα ἢ κρύπτειν ὀμματ' ἄρσένων χρεών. (*Hécuba*, v. 568-9.)

en sangre caliente, y el testimonio que en las nonas de marzo del año 203 dieron de Jesús estos africanos de alma romana, atestiguando con su sangre su fe, en el anfiteatro de Cartago, nos impresiona hoy como impresionó a toda la antigüedad cristiana, al gran Agustín señaladamente, que a gloria de los mártires tuburbitanos pronunció tres bellos sermones. Dom Ruinart confiesa haber vacilado en publicarlos en su colección de *Acta Martyrium*, y no lo hace porque las obras del obispo de Hipona andaban en manos de todos. Nosotros no hemos sentido tal vacilación, y damos la versión de ellos.

Tal es la *Passio SS. Perpetuae et Felicitatis*, "una de las obras más bellas, de contenido cristiano, que nos haya legado la antigüedad, preciosísima para la historia religiosa del tiempo y notable, como documento literario, por la sencillez del estilo, por la pintura de los caracteres, por el contraste de los afectos, que imprimen a la narración el movimiento de un drama lleno de frescura y palpitante de realidad"¹⁷.

X Cartago conservó piadosamente la memoria de los tuburbitanos, cuyos cuerpos reposaban en una de sus basílicas. Los grandes escritores de Africa, Tertuliano, San Agustín, celebran a menudo sus virtudes; se tomó la costumbre de leer públicamente su *Pasión* en la iglesia, y su culto, a partir del siglo IV, había irradiado ya por todo el Imperio. La basílica de los mártires tuburbitanos fué descubierta por el P. Delattre, en la llanura que se extiende al norte de la antigua Cartago, tras pacientes excavaciones llevadas a cabo de 1906 a 1908. En medio de la nave principal se destacaba la *confesión*, capillita central de forma cuadrada, donde reposaban con seguridad los cuerpos de los santos venerados en esta iglesia, y que nos es posible identificar. Treinta y cinco fragmentos de mármol, desenterrados en épocas muy diversas y pacientemente reconstruidos, han dado por fin el precioso texto que sigue, con los nombres de Santa Perpetua y sus compañeros:

† hic SUNT MARTYRES
 † SATURUS SATURNINUS
 † REBOCATUS SECUNDULUS
 † FELICIT PERPET PAS non. mart.

"Aquí están los mártires Sáturo, Saturnino, Revocato, Secundulo, Felicidad, Perpetua, que sufrieron en las nonas de marzo."

¹⁷ U. MORICCA, o. c., I, p. 367.

Victor de Vita, en su *Historia persecutionis Vandalicæ*¹⁸, cita, entre los monumentos religiosos devastados por los vándalos en Africa, la *Basilica maiorum, ubi corpora sanctorum martyrum Perpetuae et Felicitatis sepulta sunt*. El descubrimiento del sepulcro de Perpetua y Felicidad ha permitido restituir a la iglesia que lo encerraba su verdadero nombre de *Basilica maiorum*.

Digamos ahora unas palabras sobre la suerte corrida, a lo largo de los siglos, por el texto de la famosa *Passio*. Ésta nos ha llegado en varios códices, el principal de los cuales es el *Casinensis*, de los siglos X-XI y en doble versión latina y griega. El texto griego se conserva en un solo manuscrito, de principios del siglo X, descubierto por Harris en Jerusalén, el año 1889, y publicado, por él y Gifford, en 1890. La primera edición del texto latino, dada sobre el cod. *Casinensis*, fué preparada por Lucas Holste († 1661), celeberrimo prefecto de la Biblioteca Vaticana, quien, "indagador studiosísimo de la sagrada antigüedad, halló por fin, en un códice latino del monasterio de Monte Casino, las actas genuinas de las santas Perpetua y Felicidad, después de mucho desearlas y vanamente buscarlas mucho tiempo en varias bibliotecas" (Dom Ruinart). La edición salió, con las notas de Holste, por obra de Pedro Poussines, año de 1663, en Roma. En 1680, fundada en otro códice, aparece la edición de Oxford, con este título: *Lucii Caecelii Firmiani Lactantii. De mortibus persecutorum liber. Accesserunt Passiones SS. Perpetuae et Felicitatis. S. Maximilian. S. Felicis*. La edición se atribuye a J. Fell. En 1689, apareció la obra celeberrima de Dom Th. Ruinart, *Acta primorum martyrum sincera et selecta*, en que se inserta la *Pasión* de Santa Perpetua. El texto de Ruinart, fundado en los ms. y en la edición de Holste, y no muy depurado, lo repitieron varios editores, entre ellos Migne (PL 3, 13-58).

Después de Dom Ruinart no se volvió a editar críticamente la *Passio* hasta el año 1890, por obra de los ya mentados J. Rendel Harris y Seth K. Gifford, los primeros que editaron el texto griego, al que, naturalmente, dan la preferencia. El año siguiente, 1891, dió una edición más trabajada J. Armitage Robinson, en *Texts and Studies* (I, n.º 2). A diferencia de sus predecesores, Robinson estaba por el arquetipo latino, y prestó, por ende, más atención a su corrección. Sigue principalmente, y aun demasiado, el *Casinensis*.

Pio Franchi de' Cavalieri añadió a su estudio sobre la

¹⁸ I. 3, ed. HALM, p. 3; PL, 48, 184.

lengua original de la *Passio* una edición de su texto griego y latino, en *Römische Quartalschrift*, Roma 1896. La edición supera a la de Robinson. En 1902, Oscar von Gebhardt inserta también el texto griego y latino de la *Passio*, críticamente enmendado, en sus conocidas *Acta martyrum selecta*.

La última edición crítica, anterior a la de van Beek, se debe a W. H. Shewring, quien añadió la versión de los sermones de San Agustín sobre las Santas Perpetua y Felicidad (Londres 1931).

La edición de la *Passio SS. Perpetuae et Felicitatis* que nosotros manejamos, y cuyo texto, griego y latino, reproducimos aquí, se debe a Cornelio J. M. J. van Beek, quien hablando "de retione editionis nostrae", escribe así:

"Tertulliani opera pervolutans in Passionem Perpetuae incurri. Quis quo sermone Passionem scripsisset inquirere volebam, cum editionem criticam adhuc desiderari cognovi"¹⁹. Van Beek funda su texto en el c. *Casimianensis*, "non temere vero, ita ut ceteris codicibus locus esset". Éstos son nueve para el texto latino, y el *Hierosolymitanus*, único existente, para el griego.

* * *

Además de la grande *Passio*, única hasta el presente aludida, nos ha llegado una redacción más breve del martirio de Santa Perpetua y sus compañeros, que se conoce comúnmente con el nombre de *Acta brevia*. Las diferencias entre uno y otro documento, aparte su extensión y estilo, son muy notables. Éste, en las *Acta brevia*, conserva la forma de proceso verbal, y el interrogatorio, que en la *Passio* es solamente aludido, se desenvuelve allí largamente. En la *Passio*, el martirio se cumple en el natalicio del César Geta (VII, 9); en las *Acta brevia*, bajo los emperadores Valeriano y Galieno. En la *Passio*, todos los parientes de Perpetua, menos su padre, son cristianos (V, 6; uno de los hermanos es catecúmeno; II, 2; III, 8; XX, 10); en las *Acta brevia*, todos, sin excepción, parecen paganos. En la *Passio* no se hace mención alguna del marido de Perpetua; en las *Acta brevia*, sí (VI, 6); por el contrario, a Secundulo, que la *Passio* cuenta entre los mártires, las *Actas breves* lo pasan totalmente en silencio. En las *Acta brevia*, Sáturo y Saturnino son hermanos, mientras la *Passio* desconoce

¹⁹ *Passio Sanctorum Perpetuae et Felicitatis*, vol. I. Edidit Dr. CORNELIUS IOANNES MARIA IOSEPH VAN BEEK (Noviomagi 1936).

su parentesco. En la *Passio* (VI, 3) es juez el procurador Hilariano; en las *Acta brevia*, el procónsul Minucio (I, 2). Las *Actas breves* cuentan que Sáturo y Perpetua fueron devorados por los leones (IX, 3), cuando en la *Passio* se dice que Sáturo fué atacado por un leopardo, y Perpetua, tras ser lanzada al aire por una vaca bravísima (sobre la que callan las *Acta brevia*), dirigió por sí misma la mano del gladiador novicio hacia la propia garganta, para que no errara el golpe. Según las *Acta brevia*, Revocato y Felicidad a *leopardis gloriosum agonem impleverunt* (IX, 4), mientras en la *Passio* se lee: *Ipse (Saturninus) et Revocatus leopardum experti etiam super pulpitem ab urso vexati sunt*. Y de Felicidad: *Puellis... ferocissimam vaccam diabolus praeparavit* (XX, 1).

Con muy atinadas palabras, van Beek concluye: *Denique Passio est omnino alterius soni atque Acta. Haec magis facta, illa mentis affectus narrat. Alia est Perpetua Passionis, alia Perpetua Actorum*.

¿Qué fe merecen las *Actas breves*? Los pareceres de los sabios se dividen. Entre los partidarios decididos de la historicidad de las actas, sobre todo del interrogatorio, que se supone sacado de los protocolos judiciales, se cuentan Aubé²⁰ y P. Monceaux²¹, que escribe: "En resumen, al lado del gran relato montanista (la *Passio*), hay que admitir la existencia de actas propiamente dichas, redactadas de muy antiguo, sin tendencia alguna sectaria, en la comunidad católica y destinadas a ser leídas públicamente. De este documento primitivo, las *Actas breves* son, en su conjunto, una libre adaptación."

En cambio, el P. H. Delahaye²², con su máxima autoridad, niega toda fe a las *Actas breves*, incluso al interrogatorio, que supone añadido con el solo fin de interesar al público, y para cuya redacción bastaba haber leído algunas *Passiones* de mártires o conocer el procedimiento judicial, cosa nada difícil. Van Beek se adhiere a Delahaye, y nosotros a los dos. Daremos, sin embargo, también el texto de las *Acta brevia*, por el interés documental que aún puedan tener. El primero que publicó las *Acta brevia* fué Enrique de Valois (*Valesius*), en su reedición de Holste en 1664: (*Henricus Valesius*), *Passio SS. Perpetuae et Felicitatis. Cum notis Lucae Holstenii, Vaticanae Bibliothecae praefecti. Item*,

²⁰ *Les chrétiens dans l'empire romain...* (Paris 1881), pp. 519-521.

²¹ *Histoire Littéraire de l'Afrique chrétienne*, I (Paris 1901), pp. 78-82.

²² *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (Bruxelles 1921), páginas 69-71.

Passio Bonifacii Romani martyris. Eiusdem Lucae Holstenii Animadversio ad Martyrologium Romanum Baronii. His accedunt Acta Sanctorum Martyrum Tarachi, Probi et Andronici. Ex codice ms. S. Victoris Parisiensis. Parisiis... 1664.

Ruinart y los bolandos las omitieron, de suerte que las *Acta brevia* cayeron en olvido, y al publicarlas Aubé en 1881²³ creyó dar a la luz un texto inédito. La tercera edición la hicieron los bolandistas²⁴. A. Pillet revisó nuevamente el ms. de San Víctor (hoy *Parisiensis* 14650), y publicó las actas sobre este códice y el *Brullexehsis* 207-8, en su obra *Les Martyrs d'Afrique. Histoire de sainte Perpétue et de ses compagnons*. Lille-Paris 1845, pp. 460-66.

* * *

Volviendo a la gran *Passio*, hay que tocar una última cuestión. Hasta el año 1889, en que Harris descubrió el texto griego de la *Passio*, sólo se la conocía en la redacción latina. Inmediatamente surgió la cuestión sobre cuál fuera el original o arquetipo. Digamos en seguida que el pleito no está aún definitivamente aclarado.

Harris y Gifford, que fueron los primeros editores del texto griego (en 1890), lo tuvieron por el original, de donde habrían derivado todos los códices o redacciones latinas hasta entonces conocidas. Su sentir lo expresaron en el título mismo de su obra: *The Acts of the martyrdom of Perpetua and Felicitas; the original text, now first edited*, etc. Luis Duchesne, un año más tarde, se declaraba decididamente contra la opinión de Harris y Gifford, y tenía por original el texto latino²⁵. Las opiniones se fueron repartiendo entre uno y otro extremo con matices intermedios, hasta el trabajo, que pareció definitivo, de P. Franchi d'Cavalieri en favor del arquetipo latino. He aquí su conclusión: "El texto griego deriva del latino, al que no siempre vierte con exactitud... Sin embargo, hay que distinguir la parte del redactor y de Sáturo y la de Perpetua, juzgando la primera original en el latín; la segunda, en el griego. Pues mientras el relato de la mártir ofrece en latín destacadas diferencias de estilo y vocabulario con el resto del documento, en el griego presenta indicios seguros de haber sido redactado por la misma persona que escribió todo lo de-

²³ O. c., pp. 521-525.

²⁴ *Cat. Lat. Bruw.*, I, pp. 158-161.

²⁵ Académie des inscriptions et Belles-Lettres, *Comptes rendus des séances de l'année 1891*, 4 série, 19 (1892), p. 42.

más, sin hablar de las otras pruebas suministradas por la comparación de los textos."

P. Monceaux opinaba que "no era inverosímil que Perpetua hubiera redactado en griego su relato autobiográfico".

Van Beek, por fin, que prometía en 1936 examinar los argumentos de una y otra parte, adelantaba ya entonces su sentir: *eam sententiam mihi maxime placere dixerim quae tenet eundem scriptorem Passionem et latine et graece litteris mandasse*. Si este escritor fué, como parece probable, Tertuliano, que maneja con igual maestría el griego y el latín, nada más verosímil que esta sentencia.

Martirio de las Santas Perpetua y Felicidad y de sus compañeros.

I. Si los antiguos ejemplos de la fe, que atestiguan la gracia de Dios y obran la edificación del hombre, no por otro motivo se han puesto por escrito, sino porque con su lectura, como con nueva representación de las cosas, sea Dios honrado y el hombre confortado, ¿por qué no habrán también de escribirse los nuevos documentos que dicen con una y otra causa? Valga, por lo menos, la razón de que también estos acaecimientos han de venir un día a ser viejos y necesarios a los por venir; siquiera en su tiempo, que es este presente, por la veneración que sin más se tributa a lo antiguo, se diputen por de menor autoridad. Mas allá se lo hayan los que se atreven a juzgar la virtud, que es una sola, del Espíritu Santo conforme a las edades de los tiempos; y aun en este caso, hay que tener en más alta estima lo nuevo como perteneciente a los últimos tiempos, según la sobrebundancia de gracia decretada para los postreros espacios del mundo:

I. Si uetera fidei exempla, et Dei gratiam testificantia et aedificationem hominis operantia, propterea in litteris sunt digesta, ut lectione eorum quasi repraesentatione rerum et Deus honoretur et homo confortetur; cur non et noua documenta aequae utriusque causae conuenientia et digerantur? Vel quia proinde et haec uetera futura quandoque sunt et necessaria posteris, si in praesenti suo tempore minori deputantur auctoritati, propter praesumptam uenerationem antiquitatis: sed uiderint qui unam uirtutem Spiritus unius Sancti pro aetatibus iudicent temporum; cum maiora reputanda sunt nouitiora quaeque ut nouissimiora, secundum exuperationem gratiae in ultima saeculi spatia decretam.